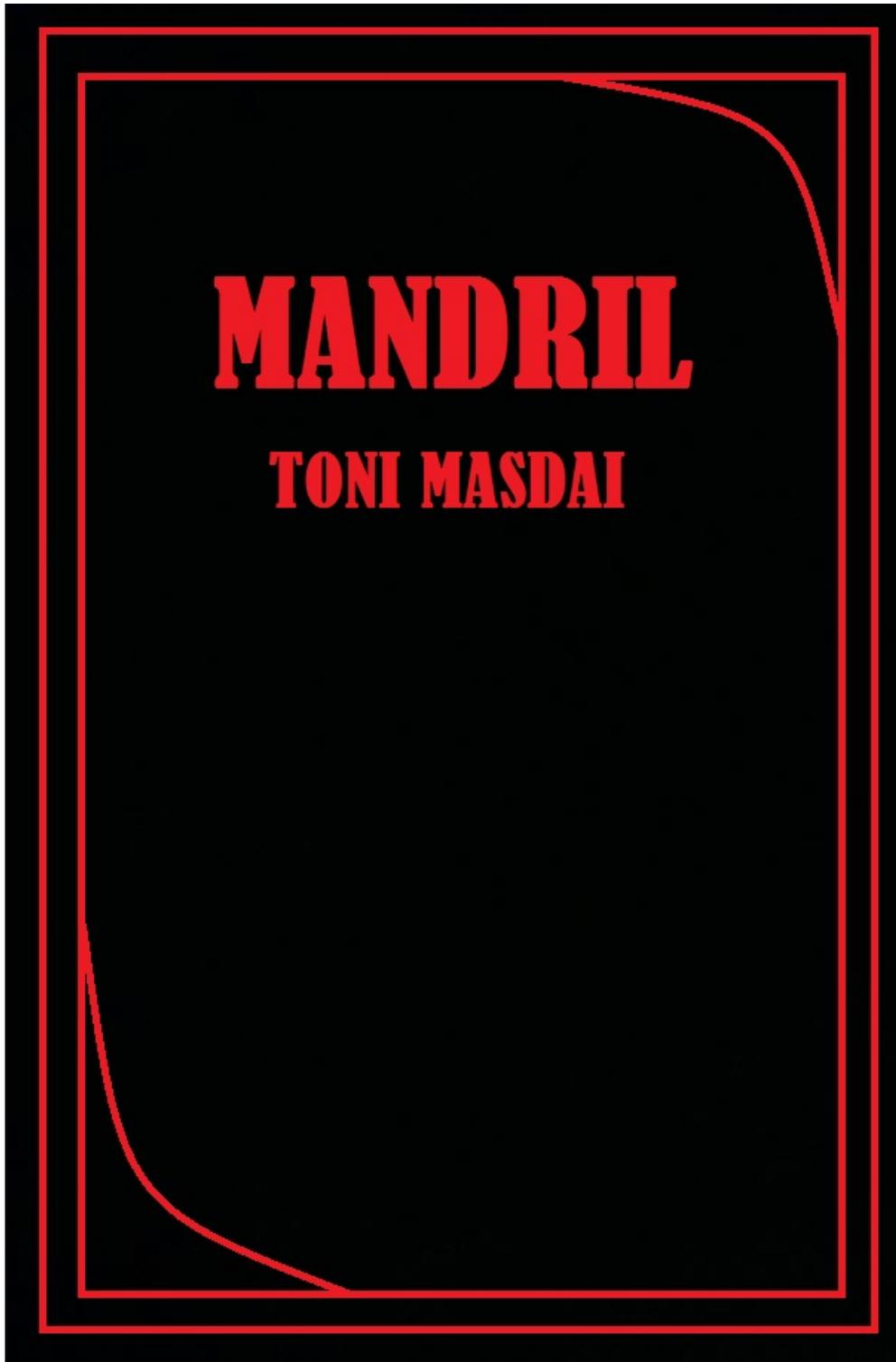


MANDRIL

Toni Masdai



# Capítulo 1

MANDRIL

Capítulo 1:

El Libro

Cuantos mundos y cuantos reinos han nacido y caído en el espacio de un segundo. Cuantos seres de fantásticas proporciones y maravillosos atributos nunca han salido para ver la luz. Cuantas fantasías de amores perdidos, de amores recuperados y de amores correspondidos, se han ahogado en la oscura caverna del imaginario mental del hombre.

¿Puede cada hombre ser un sepulcro andante de fantasías muertas; fantasías que como niños no natos murieron antes de ver la luz? Tal vez todos nosotros somos una cárcel viviente, donde jamás se dará libertad a esas imaginaciones aprisionadas en lo profundo de nuestras almas.

Fértil es la mente del hombre, pero esta fertilidad no es santa como la fecundidad del Edén, sino macula como las orillas del Jordán, cerca de las tiendas de maldad.

Y así es mejor que el hombre sea un sepulcro andante o una cárcel viviente de todas esas fantasías. Porque cuando la mente del hombre, preñada de estas fantasías las da a luz en un libro, este puede llegar a ser un abismo profundo e insondable de horrores y peligros, un mal guía que de la mano llevará a las almas por laberintos de perdición, o una luz que revela los más escondidos y feos secretos. Como el libro que tengo ahora ante mí.

Los mitos, ecos distorsionados de antiguas verdades. Esta frase era común en boca de mi abuelo. Para él, los mitos eran una verdad mal explicada. En su biblioteca personal, viejos volúmenes de mitología llenaban sus estantes, y en ellos, siempre buscaba leer entre líneas esa verdad arrojada en fantasía.

Desde niño, recuerdo pasar mucho tiempo observando, a boca abierta, sus innumerables libros. Me llamaba la atención sus colores y diferentes encuadernaciones. No sabía leer, pero sentía que dentro de esas gruesas tapas, existían cosas vivas, esperando a ser descubiertas.

Mi abuelo se esforzó por crear en mí el amor por la lectura y los libros. Dos cosas, que según él, eran diferentes. Me explicaba que una persona puede amar la lectura sin necesidad de amar el libro. Para ellos, el libro es el medio para dar a conocer lo que había en la mente del escritor. Son como la cuchara y el brazo que sirven la sopa; o el envoltorio del

caramelo. -Pero para mí-me decía- El libro y su contenido son algo maravilloso. Sus formas, el grosor de los mismos, el olor de ellos cuando se vuelven viejos, la aspereza o suavidad de sus hojas. Todo es parte de la experiencia que hace vibrar el corazón del lector.- Horrorizado observaba cuando personas rayaban o arrancaban las hojas de los libros. -Esa acción es un crimen, un acto bestial de un ser moral- decía, con algo de enojo y tristeza.

Me enseñó a leer, y cómo leer. -Escúchame, leer no es solo pasear tus ojos sobre las letras. Y no creas que has leído un libro, cuando hayas ido por sus páginas con la velocidad de un caballo hasta terminarlo. Debes tomar tu tiempo, y ser capaz de recibir el contenido. Pasear por sus páginas de manera lenta y calmada, observando cada detalle que el escritor pinta para ti a través de sus palabras. Solo así sabrás distinguir entre, un buen, y un mal libro.- con estas y otras muchas palabras, animaba en mi corazón el amor por la buena literatura. Pero nunca compartí su fervor por buscar verdades en la mitología. Para mí eran solo cuentos, con los que disfrutaba, pero que una vez cerrado el libro, quedaban en el libro.

Con el tiempo, debí abandonar la casa del abuelo. Y con la distancia creada, más la horrenda manera en que la escuela, me obligaba a leer libros de mala calidad, malos resúmenes de las grandes obras, y malas traducciones de los clásicos, mi amor se comenzó a enfriar, y encontré otros pasatiempos.

Jamás entendí el motivo de la distancia tomada por mi familia del abuelo. Con el tiempo las visitas se hicieron más espaciadas. Y en cada una de ellas, con tristeza le confesaba, que había dejado la lectura, y ya no me apasionaban tanto los libros.- el tiempo te debía volver más sabio, pero te hizo más tonto- me decía con cariño, cada vez que le contaba como perdía el tiempo en cosas sin importancia.

A mis veinte años el abuelo murió. Fui arrojado a un pozo negro, oscuro y mal oliente, de profunda depresión. El dolor de la noticia fue tal, que pasé días sin hablar. No pude llorar, sino hasta el momento en que su féretro era lentamente engullido por la tierra. Esa es para mí la parte más dolorosa y violenta de un funeral. Cuando el cuerpo está en el féretro, al centro de la habitación, de una manera sientes que el ser amado aún está contigo (irracional consuelo del que se niega a aceptar la realidad) pero cuando desciende a la tierra, la separación se vuelve real. Aquel día, la tierra fue para mí una enorme y despiadada bestia, que muestra su negra garganta, para devorar y arrancar para siempre al ser querido de nuestros ojos, pero no de nuestros afectos. Y yo, de brazos débiles, era impotente para pelear contra ella, y devolver para mi dicha, a quien amaba mi joven corazón.

Odié el tiempo, cruel sirviente de la muerte, que lento nos lleva de la mano ante ella. Y nadie de nosotros ha podido vencer a ni uno de estos dos. Solo Uno se levantó victorioso de la muerte, pero yo no tengo ese poder. Odié la distancia que mi familia había tomado del abuelo. Odié a todos, como un berrinche de niño mal criado, que en vano llora y patalea, para obtener eso, que nunca podrá tener.

Tres días nos quedamos en su casa. Los tres días los pase en su biblioteca. Los libros, todos hablaban de diferentes temas, y contaban diferentes historias, sin embargo, para mi todos hablaban de él. Al tercer día, cuando la hora de partir se acercaba, mi padre entró a la biblioteca, donde yo, con la cabeza entre los brazos, me apoya melancólico sobre el escritorio. Tocó mi hombro derecho y me dijo: -Toma, esto te dejó el abuelo antes de partir- Un paquete envuelto en un papel café, amarrado con delgadas fibras trenzadas de cáñamo. Pero nunca lo abrí, hasta pasados diez años. La tristeza nos hace hacer cosas extrañas.

A los treinta tome valor, y abrí el viejo regalo póstumo de mi abuelo. Era un libro, grueso, de tamaño medio. Color terracota, de tapas duras y firmes. Con encuadernación de relieves en el borde. Y Sus hojas de café claro, mostraban que era un manuscrito viejo. Por título tenía: MANDRIL en borrosas letras doradas. Sin año de publicación, ni ninguna información del autor o casa editorial. Una nota, con la letra del abuelo, acompañaba el extraño libro: Los mitos, ecos distorsionados de antiguas verdades.

Entonces no sabía que pensar del regalo. Ahora tiemblo ante la presencia de ese libro. Y nervioso trato de escribir estas cosas. Corro el riesgo de ser despreciado, como una persona de mente débil y propensa a desvariaciones, pero no puedo hacer nada; debo asumir el riesgo. Debo hablar del libro a costa de mi reputación.